

ABISAL

PRÓLOGO

La luna roja del norte de Chile inaugura peces en los requeríos.
Siento respirar el mar, canto a la belleza y vigilo el silencio que me une a la muerte.
Mi edad en la prehistoria es sólo un anillo del árbol.

La luna roja del norte de Chile inaugura peces en los requeríos.

Siento respirar el mar, canto a la belleza y vigilo el silencio que me une a la muerte.

Mi edad en la prehistoria es sólo un anillo del árbol.

CANTO UNO

Soy un Abisal,
mi cuerpo una perfecta nube gris
calcinada, espesa.
En medio de mi hogar nada me pertenece
y tengo el alma de un bastardo.

Mi ojo derecho muere desde 1800
cuando era calvo. Amigo de artistas tuberculosos.
Soy el remedo de un joven africano
amante de una poeta.
La noche pinta y la madrugada deshace con la garúa.

No seré una mercancía.
Si nada tengo haré de mi vida un poema.
No seré una mercancía y me preparo para morir.

Mi madre es una hermosa Aya de tres pechos
amamantó a siete hermanos
a ocho hijos de su dios.
Mató a los hombres de la tribu por golpeadores
y me fue a parir entre ballenas.
Es la Aya más bella y huele a flores del mar.
Llenaba mi boca de leche volcánica y me bañaba en un río espeso.
Yo, su pequeño, acicalaba mis alas torpes.
Mi madre es una hermosa Aya de tres pechos
viaja con un arpón de oro
y canta hermoso como diez sirenas.

Las alas para las aves.

Canto a los ojos muertos.

Pienso
en un país
de montes, fiordos
y pequeños arrecifes.
Pienso
en los desaparecidos
y mi voz de pez canta
al amor por los hombres.

El mar es mi reducto
amo a los hombres.
La carne y las escamas
No se ven
en las profundidades.
Mi voz de pez
es el ojo arrojado al mar.

Mi dios sí hace milagros
los milagros son hechos exactos
vivo lleno de milagros.

Nazco en lo oscuro del Pacífico.
La luz es porque solo
vendré por mí.
Con la nieve
del mar
juego a saber
si muero.
Con miedo al sol,
la superficie,
a la vida en
un mar sitiado.

De mis excesos
la luz
y un ojo.
Fosa, vado, talud.
El temblor,
la catástrofe.
La sangre bioluminiscente.
Cierro el ojo
y está el desierto.

El cielo es el mar,
amo la tierra y lo profundo.
La nieve cae del sol y de la superficie.
Amo la vida,
la noche,
la casa en el fiordo
y un largo silencio.

Devorado por lo siniestro
una luz en un roquerío.

Doy vida a un ojo muerto,
de alma transparente
pegado a mí
como animal
a su hembra.
Como un pez.

escucho
el sonido del mar,
pasa por mi ojo
como un espectáculo.
No sé,
muero,
es otra dimensión
del tiempo la oscuridad.

Arrojado al mar
mi luz proyectada
a un roquerío.
Junto a mi hembra,
con terror mi ojo descendía
llorando peces
y lágrimas.

No cesó el brillo.
La nieve del mar
atizada por los abisales
como se atiza el fuego
en la superficie
iluminó mis ojos.

Amor escama.
Espina del esqueleto.
Comensal del párpado.

Estremecido de ver
dibujos en la piedra
abro el ojo,
lo cierro, para
ver en su oscuridad
el silencio.

Llevo otra vida en lo oscuro.
El silencio es frío,
el sol no alcanza
a entibiar la columna de agua.

Con la nieve del mar
al fondo.
Luz
en la oscuridad.

En la superficie
el cielo existe,
es el día del universo.
Lo que talla y dibuja la piedra
es el silencio.

Si canto
es para embriagarme.
Canto a los ojos
para iluminar la cabeza.
De qué me sirve
sino para vernos.

Hurgo como un niño
en lo oscuro.
No es la muerte lo siniestro,
lo siniestro es la usura.
Por ello habito las profundidades
con mi cuerpo calcinado.

El cuerpo de mi hembra
y su bioluminiscencia
no se apagarán.
Verás en lo profundo
un pez con mi ojo
y otros ojos insepultos.

En el Pacífico,
entre montes, fiordos
y pequeños arrecifes
mi cuerpo seguirá
encendido.
El silencio
será el duelo
entradas las últimas
surgencias y la caída del sol.

Otro mar es el universo,
amo su oscuridad.
Llevo luz
con mi cuerpo de agua.
No extraño la superficie.

Mi cuerpo de agua
y mi ojo
caen de un talud.
Me hago sabio para morir
en el país de los montes
y en el Mar del Pacífico.

En un círculo
de fuego
dos serpientes sueñan.

Una gran ola
las ilumina.

Ellas no miran.

En la costa,
las almas
en una romería delirante,
descienden.

Veo el rito por el ojo del pez
en el Círculo de Fuego.

Veo olas en la hoguera.

Mar de Llolleo
Mar de Pichilemu
Mar de Iloca

Soy el aire de la tierra
y su memoria.

Mar de Constitución

Mar de Tirúa

Mar de Lebu

Hermoso,
terrible como el canto de un anciano.

Mar de Dichato

Mar de Talcahuano

Mar de Coronel

No es el mar lo siniestro,
lo siniestro es la pobreza.

Mar de Pelluhue.

En mi joven
y desnutrido país
el cielo existe.

Es la noche
del universo.
La sagrada noche
de las estrellas.

Ves mi luz
y mi sangre reproducida
en mil fragmentos.

Nada de mí tiene sentido
salvo el amor
y la vasta oscuridad.

Muero en mil ochocientos
apuñalado en el ojo
por una prostituta africana.

El brillo del iris
provocó la tragedia.

Mi cuerpo fue agua,
pez y una lágrima.

El mar
es el espejo.

Miro estrellas
y doy forma
a lo inconmensurable.

Lo abisal
es el universo visto desde este cielo.

En mi país de montes submarinos
cada cuerpo insepulto
es un pez.

Mi cuerpo de agua
en el mar del Pacífico,
entre otros,
desterrado.

Soy del mar para no caer.
Arriba las ciudades y sus muros.

Mar Adriático, Amarillo,
de Aral y de Azov.

Pueblo los montes,
las llanuras abisales,
bioluminiscente,
anaeróbico.

Mar Báltico,
Mar Blanco,
Mar Cantábrico.

En los arrecifes
guardo la memoria.

Mar de China,
de Cortés,
de Frisia.

Soy el pez
y nazco en la oscuridad.

Mar Jónico.

La simiente
y el mar habitan
en mis silencios sabios.

Mar Muerto y Rojo
Mar de Tirreno.

El espejo del universo
miseria del bajo cielo.

Mar de Bering.

Mis costas son
raíces de tierra,
un delta,
una barra,
un torrente.

Aire de la tierra,
telúrico, social,
profano.

Mar de mis excesos.

Todos los cabos son mis costillas.

El amanecer del Atlántico,
el fuego,
el horizonte,
los rayos.

La rompiente,
la rada.

Todo mi cuerpo
picado por el viento.

Mar de la infancia.

Mi luz acompaña
a los desaparecidos.

CANTO DOS

Envejezco,
tiene sentido,
mi cuerpo es el verdugo.

Un Celacanto
tiene violencia
en su espíritu.

Mi hija es una hermosa pez,
un espejo de hielo
pinta azul su reflejo.

Dice padre:
¡Mira mis sueños antárticos!

Amiga de Albertonia
y sus tristezas.

Hacen la música de Las Sirenas
en el Circulo de Fuego.

Trágicos acordes en la tierra.
Agudos sonos en el mar

Fui un Megalodonte
en el sagrado mar
del Plioceno.
Criaturas monstruosas
saciaban mi hambre prehistórica.

Deje mis dientes
para honrar
la muerte prematura.

El frío
selló mi cuerpo
y la luna cayó a pedazos.

En la creación del primer océano,
metamorfoseado
entre dioses terribles.

El espectáculo del frío.

Hielo, vapor,
montes, taludes.
Seres extraños
en los roqueríos,

y en un abismo.

Mi canto.

El mundo
dejó de ser Pangea
el mar Panthalassa.

Me crié depredado
por criaturas siniestras.

Un espíritu de millones
de años es mi ojo,

un Dorudon del Tepis
es mi padre

y crecí entre cetáceos
hasta la noche blanca.

Después del Piélago
en la Ciudad Perdida,
la Cortina de Humo
del feroz Pacífico.

En el comienzo
aire
agua en la oscuridad.

Metamorfoseado en los roqueríos.

El repicar de Ballenas
y su canto.

Dejo de respirar
para que otros respiren.

Lo que ignoraba
se manifestó en mi ojo.

El silencio convierte
en pez
mi canto.

He visto talar
el fondo.

mueren especies
y un dios se extingue.

Mi ojo llora
bajo esta lluvia.

Es la Usura,
dice Priscacará
al verlos desaparecer.

Pienso en devorarlos,
pequeño
con mi luz dispersa.

En la oscuridad

Mandíbula, hígado, nariz,
cartílagos y sangre.

Tenguzame
duende del mar,
escualo del fuego
no salgas del círculo.

Instalado en mi córnea
el copépodo bioluminiscente
comensal de mi tejido.

Una rémora en un Tiburón Boreal
perfecta simbiosis.

Buscando el norte
con mi astrolabio,
la esfera celeste.

Los siete bueyes,
la estrella fría,
el viento.
La brújula
de un rojo azulado.

Mi olfato a kilómetros
embriagado de sangre.

La bella ninfa, el pez rojo, el pez huevo
y el ojo de dragón,
pintaron el mar.

Sus colas
en *La pagoda de*
las Seis Armonías.

El mandarín,
el dormilón y el brincador
llenaron los ojos,
los recipientes de porcelana,
las fuentes.

¡Oh peceras en los templos!

¡Oh aguas sucias!

Madame Popadour
y el pez de la esfera.

El ojo
es mi cuerpo.

La síntesis de la
luz y la oscuridad.

Lo deletéreo, la esfera.

El silencio es amor al mar.
horado
con matices
la noche del templo.

El pez
hijo de un dios extinto.

Semiramis levantó un templo
a su madre Atargatis.

La diosa
gusta de holocaustos,
del fulgor de las piedras negras

¡Usureros
en la geografía de Chile!

En Delos sólo ruinas.

Deje mi alma en el universo
y cayó en el mar.

He visto al mar incendiarse convertida la sal en universo.

Sumergido al revés de las naves

mar arriba

mi ojo anclado

a una estrella

Es el lenguaje

en las piedras negras

La luz en los desaparecidos.

CANTO TRES

Convertido en pez
mi cuerpo
en el frío mar
es un fragmento.

Un hueso de sal
y un ojo en el abismo.

Abisal es sordo
en el silencio,

mudo en el sonido

pequeño.

Mi hermana La Jorobada
hace el amor con tres muchachos

moja al preferido con sus lagrimas

gime y se arrulla
como una caracola.

Si la acecha la pena
sumergida en una luz diminuta

salta,
y el silencio borracho se ríe.

Mi abuela lavo
mi boca en una
vertiente

y cuatro ballenas
la llevaron
a morir
al mar

Rizo mi pelo
con algas
y la sal
pinto mi
cuerpo.

Luces aparecieron
en mis ojos.

Mi abuela
reflejo
el universo
en el
agua,

dibujó ballenas
en los cerros

y

comió de la
nieve del mar.

Las algas rojas
son el pan
de la
orilla,

el brillo
del mar
su carne,

la espuma
y el musgo
el color.

Las olas el canto.

Mi silencio
en el
fondo
del mar
es
belleza.

Entre sedimentos
y sangre
siento como
respira.

El vapor
de su voz
es mi canto
sobre las
flores.

En el mar
mis
recuerdos.

Mar de Coquimbo.

Mar de los hombres

Mar de un niño
y los guijarros

Mar adentro
Mar afuera

Mar del cuerpo

Mar horadando rocas

Mar diez ballenas
jorobadas en la Patagonia.